Carlos López Hernández

Clausura de la Asamblea diocesana y Jubileo de la Misericordia

Santuario de la Virgen de la Peña de Francia

Queridos hermanos:

Con la Eucaristía en este Santuario de la Virgen de la Peña de Francia clausuramos hoy la Asamblea Diocesana, que anunciamos en la Catedral de Salamanca, en la Solemnidad de Santa María de la Vega, el día 8 de septiembre de 2014.

El proceso de renovación espiritual, pastoral e institucional, vivido sucesivamente como ***"tiempo de enamorarse de nuevo", "tiempo de soñar"*** y ***"tiempo de construir",*** lo hemos sentido como acontecimiento pascual y obra del Espíritu Santo, para un nuevo nacimiento a la vida en Cristo y a la participación en su misión. Y hemos suplicado esta gracia en unión con María, teniendo presente la imagen de la primera comunidad apostólica, que oraba con María en el Cenáculo, a la espera del don del Espíritu Santo prometido por Jesús (cf Hch 1,14).

El último año del proceso de nuestra Asamblea Diocesana lo hemos vivido en el clima espiritual del Jubileo de la Misericordia, que ha venido a iluminar y dar aliento al anhelo de encuentro con Cristo, rostro vivo de la misericordia reconciliadora del Padre, que hemos buscado como fuente de nuestra renovación espiritual y de nuestra conversión misionera. Por ello, la acción de gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por los frutos de nuestra Asamblea la presentamos hoy unida a la súplica y la acción de gracias por el don de la misericordia jubilar y de la reconciliación con Dios y con los hermanos. Y esta acción de gracias la presentamos desde las manos de María, la Madre que Jesús nos regaló en la hora de la Cruz.

Nuestra Madre de la Peña de Francia nos ha conducido hoy a este Santuario para un renovado encuentro salvador con su Hijo, nacido de su seno virginal por obra del Espíritu Santo. María abre hoy de nuevo el camino para que Dios derrame en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos libra del pecado y nos hace hijos adoptivos de Dios y herederos de la gracia de Cristo (cf Gal 4, 4-7).

Como nuestra madre espiritual, María nos llama hoy a mirar con fe y amor a su Hijo, crucificado por nuestros pecados, para que descubramos en su cuerpo herido y ya

glorificado el rostro de la Misericordia del Padre. Mirando con María al que traspasaron (cf Jn 19, 37), comprenderemos y sentiremos "*el amor que Dios nos tiene";* pues ha entregado a su Hijo, "*para que vivamos por medio de él"* (cf 1 Jn 4, 9-10). María, testigo presencial de los hechos y en sintonía espiritual con los sentimientos del corazón de su hijo Jesús, nos puede introducir en la viva y gozosa experiencia de los sacramentos del bautismo y de la eucaristía, simbolizados en el agua y la sangre, que manaron del costado de Cristo traspasado en la cruz por la lanza del soldado (Jn 19, 34).

También por el sacramento de la reconciliación, fruto del regalo pascual del Espíritu Santo (cf Jn 19,30; Jn 20, 22-23), somos introducidos en el misterio pascual de Jesús y recibimos el fruto salvador de su sangre derramada para el perdón de los pecados. Jesús crucificado y glorioso es así la fuente inagotable de la Vida eterna y la Puerta siempre abierta de la Misericordia de Dios. Desde este Santuario nos atrae hoy María a saciar nuestra sed y a hallar descanso a nuestras fatigas bebiendo el agua viva del Espíritu de Jesús, que él mismo hace brotar de nuestras entrañas como un surtidor que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 13-14; 7, 37-39). La experiencia viva del Amor de Dios, que su Espíritu reaviva en nosotros, es la fuente de la alegría del Evangelio, que alivia y supera todo cansancio y agobio (cf Mt 11, 28-29).

El apóstol Pablo nos ha recordado que somos en Cristo una criatura nueva. Por medio de Él, Dios nos ha reconciliado consigo, sin pedirnos cuentas de nuestros pecados. *"Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios"*. Por ello, nuestra alma bendice hoy al Señor y no olvida sus beneficios. Y como respuesta de amor a la salvación de Cristo, acogemos la exhortación de san Pablo y renovamos en este día de peregrinación jubilar nuestra reconciliación con Dios, a la vez que asumimos el encargo de ser también nosotros anunciadores y testigos de la palabra de la reconciliación.

En este Año Santo, la Iglesia nos está llamando con más intensidad a tener la mirada fija en la misericordia del Padre, que se ha manifestado en plenitud en la Cruz y Resurrección de su Hijo. La contemplación del Misterio Pascual de Jesucristo nos lleva a la experiencia de la misericordia salvadora del Padre y nos enseña a ser misericordiosos como el Padre.

Hoy hemos peregrinado a este Santuario Jubilar para llegar a la Puerta Santa, que es Cristo, y encontrar en su amor la gracia de la misericordia y la conversión apostólica. "Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de

misericordia. Nada en Él es falto de compasión." (MV 8). Y esta misericordia llega a plenitud en su entrega a la muerte para el perdón de nuestros pecados y en su resurrección para nuestra salvación. Por ello, **Jesucristo, crucificado y glorioso, es para siempre el rostro y el mediador de la misericordia del Padre;** y es el camino y la puerta hacia la vida del Padre. Nadie va al Padre sino por Él.

La Iglesia anuncia y transmite la gracia de la misericordia de Dios y debe hacer presentes en medio del mundo oasis de misericordia**.** Mediante el anuncio de la misericordia de Dios y la práctica de las obras de misericordia, siendo cada uno de nosotros ***"Misericordiosos como el Padre"*** (cf Lc 6, 36), estamos llamados a llevar a los hombres de nuestro tiempo a **la experiencia del perdón y a liberarlos de una forma de vida infecunda y estéril, en el desierto espiritual en el que con frecuencia se encuentran.** Si damos de comer al hambriento, de beber al sediento y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que vive en soledad, está enfermo o prisionero. Si compartimos los bienes con las familias que sufren necesidad por la falta de trabajo. Si acogemos al inmigrante, al exiliado y al refugiado que buscan entre nosotros seguridad, empleo y vida digna, les mostraremos de forma creíble el camino luminoso y fecundo del amor cristiano.

La Asamblea diocesana ofrece con alegría y esperanza sus propuestas de renovación a los que estaban en la Iglesia y se han ido, a los no creyentes, a los que buscan, a los que sienten especialmente la necesidad de la misericordia, a las nuevas víctimas de la pobreza material y espiritual.

Y a todos los miembros de la comunidad diocesana nos llama "a dar un salto de altura hasta el encuentro y la configuración con Cristo; a vivir sin reservas el hondo misterio de la Iglesia; a salir con corazón abarcante a la misión alegre y misericordiosa, esperando al Señor que viene para hacerlo todo nuevo. A volar alto, a caminar por las alturas; a ir a las fuentes de la fe, a las raíces de la vida cristiana; a ensanchar el horizonte pastoral y recorrer nuevas sendas, insertándose más en la sociedad de Salamanca, teniendo *"el gusto espiritual de ser pueblo"* (EvGa 268-274). El ritmo de esta renovación lo irá marcando la acción del Espíritu Santo en su Iglesia. Unas veces empujará como un viento impetuoso y otras veces se manifestará como una suave brisa o susurro casi imperceptible. Este Espíritu no violenta, ni fuerza..., sino conduce, alienta, doma con suavidad, funde el témpano de hielo despacio, gota a gota..., suaviza lo rígido con amor paciente, espera con tiempo…¡Ven, Espíritu Santo! ¡Lleva a plenitud el Reino que esperamos! ¡Ayúdanos a volver a las huellas de Jesús!.

Santa María Virgen de la Peña de Francia, Madre de Dios y Madre nuestra, Madre de la Misericordia, acompáñanos en nuestra tarea de hacer realidad las orientaciones de la Asamblea, tras las huellas de Jesús. Que la dulzura de tu mirada llene de amor nuestros ojos; introdúcenos en la alegre experiencia de la ternura de Dios y danos audacia y humildad para dar testimonio de ella.

Salamanca, 8 de Octubre de 2016